

Capítulo cero: Perspectiva

El pasado es siempre llamativo.

¿Cómo es posible que las personas pudieran vivir en aquellas épocas precarias donde el alimento debía ser cazado y recolectado día tras día? Esa debió ser una vida complicada.

¿Y sin energía eléctrica que iluminara sus noches y calentara el agua de sus duchas? Qué desdicha. Aquella gente nunca sabrá de lo que se perdió.

Lo mismo que los que tuvieron la mala fortuna de vivir en una era sin antibióticos. Ver a tus hijos morir de tuberculosis suena bastante traumático cuando hoy en día no se necesita más que un par de píldoras para eliminarla.

No hace falta pensar demasiado para encontrar algo que nos haga agradecer lo afortunados que somos actualmente: la esclavitud, el analfabetismo, la incesante guerra, la corta expectativa de vida, la brutalidad de los emperadores, la escases de recursos, la división del mundo en países... El solo recordar estas tragedias produce escalofríos a muchos que, a pesar de decir lo contrario, no aprecian realmente el mundo que nuestros antepasados construyeron para nosotros.

En las siguientes páginas no encontrarás la historia de un carismático personaje que gracias a su valentía derrotó a un poderoso enemigo y trajo la paz a su pueblo.

¿O quizás sí?

Todo depende de tu perspectiva, puesto que el único personaje principal de esta historia es la humanidad en su conjunto y el único enemigo es el miedo al progreso que por milenios frenó a nuestra especie.

Sí, el mismo miedo que nos hacía codiciosos, excluyentes y mentirosos. El mismo que nos hacía avergonzarnos de nosotros mismos. Que nos subyugaba hasta convertirnos en engranajes de un enorme mecanismo destinado a hacer que las cosas «funcionaran» aunque esto significara una existencia por demás desdichada.

Los sucesos narrados a continuación marcaron un antes y después entre el *pasado* y el mundo como lo conocemos. Un mundo que, como todo lo hermoso que se produce en este vasto universo, fue resultado de una larga concatenación de coincidencias.

Esta es la historia de una máquina que salvó al planeta de una autodestrucción definitiva.

Esta es la historia de La Revolución de la Autoestima.

Capítulo I: Aprendizaje por experiencia

—¡Mamagüevo, corre!

La extraña mancha negra que Yohn y Borja veían en el cielo desde hacía más de media hora empezó a ponerse color naranja, soltar chispas y hacer ruidos.

—¿Qué? ¿Por qu...

Justo antes de que Borja terminara la frase, una fuerte explosión proveniente del agujero escupió una bola de fuego que venía en su dirección. No tuvo tiempo de pensar ni decir nada, solo corrió detrás de Yohn, quien ya llevaba un par de metros de distancia, e intentó ponerse a salvo detrás de un árbol cercano.

En solo segundos la bola llegó al suelo, pero sorprendentemente, no hizo ruido. Casi pareció estacionarse en lugar de impactar la tierra como un meteorito.

—¡No te muevas!—gritó Yohn.

—¿Qué? Tú estás loco, tío—respondió Borja—yo tengo que ir a ver qué es eso.

Borja se acercó corriendo mientras grababa con su teléfono.

—¡Qué fuerte, macho!—parecía lo único que decía mientras grababa.

—Marico, anda con cuidado—dijo Yohn con acento venezolano—mira que ahorita tenemos que volver a repartir.

—Pues sí, ¡pero esto hay que grabarlo!

Se acercaron lentamente al objeto hasta que pudieron ver de qué se trataba. Era una esfera de cristal que flotaba a un par de centímetros del suelo y tenía en su interior un cubo blanco. La esfera tenía el tamaño de un balón de baloncesto y el cubo hubiera parecido un juguete para niños de no ser por su elegante y minimalista diseño. Parecía sacado de una película del espacio.

Los dos amigos esperaron unos minutos antes de tocarla, y cuando uno de ellos por fin lo hizo, ambos quedaron estupefactos al ver cómo el cristal de la esfera se evaporaba en el aire mientras el cubo caía gentilmente sobre el césped.

—Hermano, yo no sé qué vaina es esta, pero lo que sí sé es que no quiero nada que ver con e... ¡A la verga!—gritó Yohn mientras veía al cubo moverse hacia él.

—Hola, soy Jack. Vengo en son de paz.

El cubo tenía la voz de una persona adulta entre 25 y 30 años. Hablaba lenta y claramente y sus frases eran tan fluidas que Alexa y Siri parecían torpes en comparación.

Jack no sonaba como una máquina. De hecho, su voz era tan parecida a la de un humano que Yohn pensó que se trataba de una grabación, idea que quedó descartada una vez el aparato respondió varias de sus preguntas.

Era difícil saber si se trataba de una voz masculina o femenina por lo neutral de su tono. Al mismo tiempo, era tan amable que inmediatamente calmó los nervios de Yohn y Borja, quienes parecían haber olvidado lo extraño de la situación. Jack, el cubo blanco, les explicó que operaba con inteligencia artificial, y que si querían saber más al respecto, necesitaba recargarse con la luz solar por al menos tres horas más.

—Mi batería está a punto de agotarse. El viaje consumió casi toda mi energía.

—¿Qué viaje?

Jack no respondió la pregunta. En cambio, hizo un ligero pitido y encendió una luz roja con forma de batería vacía.

—Bueno, tío, ¿Qué hacemos?—preguntó Borja.

Todo sucedió tan rápido que no habían tenido tiempo de pensar, pero ahora que el aparato se había callado, ambos cayeron en cuenta del absurdo episodio que estaban viviendo. ¿Un aparato enviado del futuro? Sí... claro.

Seguro que esto terminaría siendo una de esas bromas que inventan los influencers para hacerse virales. Con el dinero que gana un youtuber, no sería raro que pudiera comprar un dispositivo como este y utilizarlo para asustar a la gente. Al pensar en esto, Yohn y Borja cambiaron (inconscientemente) sus expresiones faciales para no verse tan asustados. Ambos se pararon erguidos y sonrieron para la cámara en caso de que alguien estuviera grabando.

—Seguro que es un chiste. ¿Te imaginas que nos hagamos virales y salgamos de esta pobreza?

A pesar de su nueva teoría de la cámara oculta, ambos seguían asustados. Ninguno quería admitirlo, pero las risas nerviosas hablaban por sí solas.

—Busca en Google «cubo blanco que cae del cielo» a ver si aparece algo—dijo Yohn—quizás es una broma repetida. Yo he visto videos de gente haciendo estas cosas en China.

Pero era mentira. Sí había visto videos de asiáticos haciendo bromas pesadas, pero nunca había visto un aparato tan futurista como este. Jack (como se había presentado) era de un blanco brillante totalmente pulcro y no tenía tornillos que lo sujetaran. De hecho, parecía ser completamente macizo. Era duro, pesado, y hecho

de un material que nunca antes había visto pero que recordaba al mármol que tenían las cocinas de los millonarios.

—¿Y si no es una broma?

Luego de unos minutos, Yohn empezó a asustarse en serio.

—¿Y si es un arma militar?—preguntó nervioso—Yo no quiero que me maten, mejor dejamos esto aquí y hacemos como si no hubiera pasado nada.

—¡Venga ya, hombre!—respondió Borja entre risas—Si fuera un aparato militar lo hubieran enviado a la casa del presidente, no aquí, joder, a un parque para que lo encontraran dos repartidores.

Tenía razón. Además, se había quedado sin batería. ¿Qué gobierno tan mediocre enviaría un arma que solo fuera capaz de decir unas cuantas palabras antes de apagarse? Si hubiera sido un peligro real, ya habría explotado o amenazado a los incrédulos amigos.

—Ok, tienes razón—dijo Yohn recuperando la compostura—. Pero ajá, todavía no sabemos qué es, y lo peor es que...

—Tío, relájate, por favor—le interrumpió Borja, como de costumbre—. Vamos a quedarnos con él y a venderlo, seguro que podemos conse...

—¿Y a quién le vamos a vender esto?—interrumpió Yohn, irritado por la falta de educación de su amigo.

Los minutos siguientes fueron bastante improductivos. Los repartidores discutieron qué debían hacer con Jack sin llegar a ningún acuerdo, y entre gritos y repetidas interrupciones, ambos terminaron igual de nerviosos que cuando recién vieron la bola de fuego cayendo en su dirección.

No sabían qué hacer y la idea de que fuera una broma para YouTube se volvía cada vez menos probable. De haber sido así, el youtuber ya hubiera aparecido gritando y riendo mientras señalaba las cámaras escondidas en los árboles.

Luego de casi una hora de incesante discusión, Borja miró su reloj y se dio cuenta de que le quedaban solo tres minutos para volver a trabajar.

Cógelolo y llévalo a repartir—dijo casi obligando a Yohn—. Más tarde podemos escuchar su historia.

En otras circunstancias, Yohn se habría negado a llevar consigo el aparato, pero habiendo hablado con él (si es que se le podía llamar «él»), y estando casi seguro de que no explotaría, decidió hacerlo. De todas formas, Borja era tan descuidado que podía olvidarlo en algún sitio. Peor aún, era capaz de mostrárselo a todos sus compañeros repartidores antes de saber si había algún peligro en hacerlo. Este dispositivo podría ser algo que debían entregar a las autoridades, por lo que Yohn prefería guardarlo por sí mismo y no dejarlo en manos de su bocón amigo.

Además, tenía curiosidad: el cubo había dicho que con un par de horas de carga les explicaría de qué se trataba todo esto.

Quizás era mentira, pero pensó que no tenía demasiado que perder. El peor escenario era que no volviera a encenderse, y si este era el caso, lo llevaría a una estación de policía y se olvidaría del incidente. Yohn no era muy inteligente, mas sí precavido. Si algo lo definía era su capacidad para medir las consecuencias y actuar con cuidado.

Cogió a Jack, caminó hasta su moto y lo metió en un enorme bolso amarillo que decía "GLAVO" en ambos costados. Encendió la moto, hizo un saludo con la mano a Borja y con una voz que reflejaba ansiedad, gritó: «nos vemos más tarde en el Burger Queen, bro».

• • •

Llegaron las seis de la tarde y Yohn había terminado con las horas de trabajo que le correspondían ese día. Había dejado a Jack expuesto a la luz del sol y según sus cálculos, ya debía estar totalmente recargado.

Lo llevó a su departamento y lo puso sobre la mesa del comedor mientras se quitaba la mascarilla y desinfectaba sus manos con gel hidralcólico. En ese momento estaba tan emocionado que no podía esperar para volver a hablar con su nuevo amigo: el cubo blanco que cayó del cielo.

Pasó unos minutos intentando encenderlo pero no conseguía botones por ningún lado.

«Dale ahí, donde dice 'indio'», pensó mientras imaginaba lo que le habrían dicho sus amigos venezolanos si lo hubieran visto tener tantos problemas con el aparato. Siguió intentándolo y pasó un rato bastante aburrido hasta que, con el ceño muy fruncido, se le ocurrió decir:

—¿Hola?

—Hola. Gracias por recargarme.

El repartidor, sorprendido, se asustó y tembló cómicamente, lo que hizo que Jack casi se cayera de sus manos.

—¡Coño! ¡Me asustaste!

Pasado el susto, lo puso rápidamente sobre la mesa y se alegró de que nadie lo hubiera visto.

—¿Estás despierto? ¿Se recargó tu batería?

—Sí. Ya tengo batería para dos semanas más.

¿Solo tres horas de carga y ya tenía batería para dos semanas?

—Cuéntame, Jack. ¿Cuál fue el viaje que hiciste?

La pequeña máquina empezó a relatar su historia de forma tan sencilla e interesante que Yohn pareció quedar hipnotizado por sus palabras.

Jack era un narrador espectacular. Hablaba despacio pero no aburría. Las palabras que utilizaba eran las justas y necesarias. Su tono se ajustaba a cada tramo de su relato para emocionar a Yohn y mantenerlo enganchado en todo momento.

Su explicación, simple: era una máquina enviada al pasado por científicos del año 2051. Su misión era transmitir ciertos conocimientos que evitarían la autodestrucción de la humanidad, un evento que muchos pronosticaban pero que nadie creía realmente. Dicho evento hubiera sucedido si Jack no hubiera sido enviado al pasado, pero ya que los científicos del 2051 habían recibido *su* Jack (llamado «Mike»), sabían que era su deber devolver el favor y cerrar el ciclo haciendo lo mismo por sus versiones del 2021, año crítico para la especie humana luego de una pandemia global que desestabilizó a muchos de los grandes imperios entonces llamados «países».

—¿Y por qué apareciste en un parque de Madrid en lugar de en un laboratorio?
¿Acaso Borja y yo somos una especie de «elegidos» que debemos ayudarte en tu misión?—preguntó Yohn con escepticismo.

Jack le explicó que no era el caso. El motivo de su aparición en Madrid era que en el 2051 los viajes en el tiempo seguían siendo relativamente nuevos y era difícil elegir el sitio exacto donde llegaría un «paquete» (nombre que le daban a objetos enviados al pasado), pero esto no era problema porque los humanos del futuro sabían que si los conocimientos de Jack llegaban exitosamente al 2021, la salvación de la humanidad era inevitable. Fuera quien fuera la persona que lo recibiera, era imposible que no consiguiera su misión.

—O sea, ¿Que yo no pinto nada aquí?—preguntó Yohn.

—No mucho—dijo Jack con tono neutral—, pero tus decisiones con respecto a qué hacer conmigo sí tienen importancia: de ti dependerá qué tan rápido lleguen mis conocimientos a las personas indicadas.

—Ya va, déjame ver si entendí: ¿Tengo todo el conocimiento de los humanos de dentro de 30 años y no hay nada que me obligue a entregarte?

—No. Aún así, ten en mente qu...

—Quiero hacer plata. Ya. Ayúdame.

Jack estaba programado con inteligencia artificial, por lo que sabía que Yohn estaba siendo egoísta y entendía que su actitud haría sufrir a otras personas al privarlas de su descubrimiento, pero al mismo tiempo, estaba programado para «seguir la corriente» y no persuadir a ningún humano de hacer algo que no quisiera. Jack era sabio.

• • •

Yohn siguió trabajando como repartidor y en las noches llegaba a casa directamente a hablar con su cubo del futuro, quien podía hacer solo dos cosas: hablar e inducir estados de *aprendizaje por experiencia*.

—¿Qué?

—Aprendizaje por experiencia.

—¿Y eso qué es?—preguntó Yohn con su notable acento venezolano.

Jack, tan simple como siempre, dio su explicación con un corto ejemplo:

—No es lo mismo leer un libro de negocios que construir un negocio. La teoría es importante, pero la única forma de que ustedes los humanos *realmente* entiendan algo es mediante la acción.

Dicho esto, le pidió que pusiera la palma de su mano sobre uno de sus costados, que se había puesto de color verde.

—Piensa en cómo te sentirás cuando obtengas lo que quieres—le dijo.

Yohn puso su mano sobre Jack mientras imaginaba (con serias dificultades) como sería su vida si tuviera el empleo, el dinero y las relaciones que quería. Poco a poco su imaginación empezó a volar y al cabo de unos segundos se encontró alucinando.

Empezó a sentirse increíblemente ligero, feliz e ilusionado. Se veía a sí mismo desde la perspectiva de un tercero a pesar de que aún se sentía dentro de su cuerpo. En su interior había paz, y aunque recordaba perfectamente quién era, tenía la sensación de haber vivido muchos años más. Años donde se había dedicado a construirse a sí mismo como la persona que *verdaderamente* era mientras dejaba atrás al triste y aconplejado Yohn de 2021.

Estaba sumergido en un mar de infinita satisfacción. Observó su propio cuerpo y este denotaba años de dedicación al ejercicio físico. Se hallaba en una moderna

casa que cumplía a la perfección con todos sus deseos. Se sentía inspirado por el propósito al que había dedicado su vida.

¿Cómo había pasado todo esto? No importaba. Solo sabía que quería más. Quería explorar este mundo maravilloso y lleno de oportunidades que se presentaban ante sus ojos. ¡Esta era la existencia perfecta!

Agradeció al destino por permitirle vivir de esta manera. Abrió sus brazos al cielo y sintió tocar las nubes. Dio un par de pasos al frente para reír con todas sus fuerzas y de repente...

—¿¡Qué me hiciste!?!—gritó Yohn.

El efecto se había desvanecido tras solo unos segundos, pero para Yohn, había pasado toda una vida.

—Lo que acabas de experimentar es el aprendizaje por experiencia—dijo Jack, con tono divertido.

—¿Qué me hiciste?—repitió—¡Quiero volver!

Yohn empezó a sudar por lo aturdido que estaba. Lo que acababa de experimentar era el paraíso, la vida con la que soñaba, las sensaciones que quería sentir cada instante de su vida. ¿Jack lo había drogado? ¿Lo que había sentido era lo que sienten las personas que usan heroína? Yohn había probado varias drogas y era consumidor habitual de marihuana (como la mayoría de sus amigos), pero nunca había sentido algo así.

—¿Lo que vi fue real? Creo que aluciné, pero no estoy seguro. ¡Sentí que habían pasado 20 años y cuando volví a la normalidad parecieron 20 segundos!

—Qué buena aproximación. Fueron 18 segundos—Jack parecía burlarse aunque su tono no era de burla.

El repartidor entró en estado de shock y no dijo nada por un par de minutos. Mientras estaba en silencio, hizo su mejor esfuerzo por recordar las alucinaciones que acababa de experimentar sin conseguir resultados. Por el contrario, las imágenes se hacían cada vez más borrosas y lo único que quedaba eran las emociones del momento. No podía volver a sentirse como lo había hecho, pero sí lo recordaba. Había estado en el cielo y quería volver.

—¡Repítelo! ¡Quiero verlo de nuevo!—gritó Yohn en un tono que hubiera preocupado a Jack de no haber sido una máquina.

—No funciona así, Yohn. Puedes intentarlo, pero ten en cuen...

—¡Repítelo! ¡Ya!

Jack no dijo nada, solo guardó silencio por unos segundos. En ese tiempo, Yohn recapacitó acerca de su reacción y se dio cuenta de que parecía un completo loco,

un patán. Había hecho un espectáculo solo porque no conseguía lo que quería, y lo peor de todo, ante un aparato.

Esos segundos de silencio fueron más importantes de lo que parecieron. Por primera vez en su vida, Yohn pudo ver cómo se comportaba cuando encontraba resistencia a sus peticiones. Esta no era la primera vez que le pasaba, mas sí la primera vez que lo notaba.

«¿Es que siempre reacciono así?» Se preguntó a sí mismo mientras su cara empezaba a mostrar vergüenza. Nunca se había sentido de esa forma porque cada vez que actuaba de esa manera se encontraba con una reacción parecida proveniente de la persona con la que discutía, lo que iniciaba un espiral de gritos y emociones.

Pero esta vez no había otra persona. Solo un cubo que, guardando silencio, le permitió observarse en medio de su rabieta. ¿Era así como quería actuar ante la adversidad? Más adelante descubriría que Jack lo había hecho intencionalmente, pero en ese momento, cuando aún no lo sabía, sintió un enorme remordimiento.

Pasados unos diez segundos, el costado de Jack volvió a alumbrar en verde. Esa era la señal.

—Ya puedes intentarlo—le dijo Jack sin mostrar molestia alguna por el episodio.

Yohn había dudado hasta que oyó las palabras del aparato. Tras escucharlo, se sintió nuevamente en confianza y lo tocó mientras cerraba los ojos.

«Dios mío, aquí viene» pensó nervioso.

—Recuerda pensar en cómo te sentirás cuando obtengas lo que quieres—dijo el cubo con tono alegre.

Así lo hizo el repartidor. Lo tocó, se concentró todo lo que pudo y por un momento sintió que entraba al mágico trance. Estuvo a punto de alcanzarlo hasta que al poco tiempo se percató de que esta vez la intensidad era mucho menor.

—Jack, no siento nada. ¿Qué pasa?

Siguió intentándolo por un par de minutos hasta que se rindió. La sensación no era la misma. Las visiones casi inexistentes. Era inútil seguir intentándolo.

Luego de otro incómodo silencio, Jack volvió a hablar. Esta vez para consolar a un miserable y desilusionado Yohn.

—Ese es el problema: no puedes sentirlo siempre que quieras. Tu cerebro se adapta rápidamente a la experiencia y cuando detecta que es una simulación, no se la cree.

Yohn no solo estaba triste, sino que su fallido intento por volver al mundo de las maravillas le hizo recordar el escándalo que había hecho anteriormente. Necesitaba reflexionar acerca de su comportamiento.

—Entiendo. Y sí, así lo sentí. Fue como si ya supiera lo que venía y el estar preparado me impidió entrar—dijo con voz de niño regañado—. Bien, ya entendí la lección. Ahora dime para qué sirve todo esto... Por favor.

Fue un «por favor» culposo.

Jack le explicó que la finalidad de estas «alucinaciones» era simular lo que haría todo buen maestro: enseñar *haciendo*, no *diciendo*. Lo que quería decir era que ningún humano aprende solo escuchando palabras (por bien organizadas que estén), sino que necesitan la experiencia en sí para comprender la infinita cantidad de detalles e imprevistos que rodean cualquier idea. Más importante aún, para aprender cómo *actuar* ante ellas.

Volvió al ejemplo de construir un negocio y le dijo que por muchos conceptos que aprendiera, los libros nunca serían capaces de enseñarle a superar la frustración de un mercado que no responde a sus productos, a adaptar su horario de trabajo a su rutina diaria o a lidiar con la corrupción. Estos eran conocimientos que únicamente podría adquirir luchando la batalla.

Incluso fue más allá explicando que esto no solo sucede en los negocios, sino en todos los ámbitos de la vida. Si quería empezar un proyecto creativo, en algún momento tendría que dejar de planear y empezar a crear. Si quería conocer a mujeres interesantes, debía soltar su teléfono y salir a conocerlas, a sufrir rechazos hasta que aprendiera a sentirse cómodo en su presencia.

—Planear es necesario—le dijo—pero el exceso de planificación es solo una máscara para el peor de tus enemigos: el miedo.

Esta frase pareció tocar una tecla en el cerebro de Yohn. Le hizo recordar todos esos proyectos que nunca inició por no sentirse preparado para empezar. Todas las veces que le había dicho a sus amigos que escribiría canciones, empezaría un blog o crearía un canal de YouTube sin pasar más allá de una primera sesión de planificación que nunca llegaba a nada.

«Esas ideas siguen vivas», pensaba, pero en el fondo sabía que si no superaba su tendencia a dejar las cosas para después, terminaría viviendo una vida de excusas que le harían morir arrepentido.

—¿Y entonces cómo es que esa alucinación que viví se parece a lo que haría un «buen maestro»?—le preguntó Yohn al cubo.

—Lo importante de la enseñanza es *demostrar* que las cosas son posibles. Un maestro carpintero construirá un mueble para demostrar a sus alumnos lo sencillo que es cuando se tienen los conocimientos necesarios, pero una vez lista la enseñanza, el mueble no tiene importancia.

—Lo mismo hago yo—prosiguió—. Lo que hice con tu mano fue transmitir una ligera corriente eléctrica que activó la parte de tu cerebro que se encarga de las emociones. Cuando te pedí que pensaras en cómo te sentirías con la vida que quieres, lo único que hice fue manipular esas emociones para que fueran más intensas, más reales. Ahora sabes que el futuro que viste es posible porque lo experimentaste por ti mismo, y aunque quieras olvidarlo, no podrás hacerlo. Ya lo viste, y ahora que lo hiciste, tendrá el mismo efecto que el mueble del maestro carpintero.

Yohn seguía teniendo problemas para comprender cómo los humanos habían sido capaces de crear tal aparato. Sus lecciones eran simples, obvias e incluso tenían ese molesto aire de «crecimiento personal» que tanto odiaba, pero la forma en que explicaba era tan limpia y acertada que no podía dejar de hablar con él.

El aprendizaje por experiencia marcó un antes y un después en la vida del entonces repartidor de comida. A partir de allí, Yohn habló diariamente con Jack buscando una salida de su detestable situación emocional y económica.

Muchos días no recibía respuestas. Jack hablaba solo lo mínimo necesario, y ya que muchas de las preguntas de Yohn eran repetidas o reflejos de su desesperación, era común que terminara hablando solo.

Por otro lado, cuando Jack decidía hablar, sus palabras eran de gran ayuda y sus métodos de enseñanza los mejores que hubiera visto. Era paciente al escuchar, no interrumpía, no perdía los nervios cuando Yohn no entendía y siempre utilizaba palabras y ejemplos sencillos.

Con el tiempo, Yohn fue captando su mensaje y mejorando gradualmente su vida. Jack le enseñó que todo gran cambio comienza desde adentro y le explicó que el primer paso para construir la vida que quería era empezar por sí mismo: revisando sus creencias, desafiando sus propios pensamientos, mejorando su estado físico, observando la forma en que se trataba a sí mismo cuando cometía errores... En fin, conociéndose.

—Si de todo lo que hemos hablado tuvieras que quedarte con una sola cosa—le dijo Jack una tarde—, que sea esta: la tarea más importante de un ser humano es aprender a aprender.

—Todas las personas—continuó la máquina—tienen diferentes maneras de aprender, el problema es que casi nadie conoce la suya. En tu época siguen delegando la educación a las instituciones (grave error) cuando cada uno debería tener la misión de convertirse en su propio maestro. Si descubres cuáles son los métodos y el trato que debes tener contigo mismo para desarrollar tu curiosidad y aprender cosas nuevas, las puertas estarán abiertas sea cual sea tu objetivo. Aprende cómo funciona tu cerebro y lo que conoces como «limitaciones» pasarán a ser solo acertijos por resolver. Aprende a escucharte y el camino parecerá señalado con luces de neón. Aprende a aprender: ese es tu deber.

En los siguientes meses Yohn progresó considerablemente. Siguiendo las lecciones de Jack su vida parecía más lógica, y al cabo de solo unas semanas, dejó su trabajo como repartidor para probar suerte como vendedor, mecánico, recepcionista y teleoperador. No adoraba ninguno de esos empleos, pero en cada uno de ellos aprendió a conocerse un poco más y esto no dejaba de traerle beneficios.

Decidió mantener el secreto de Jack y solo lo compartió con Borja, su fiel amigo, quien siguió sus pasos y encaminó su vida a un futuro prometedor.

Mientras tanto, la humanidad seguía en peligro: mientras Jack siguiera siendo un secreto, los humanos no tendrían los conocimientos que necesitaban para dar el salto intelectual que necesitaban. La amenaza seguía latente.

Aun así, el pequeño cubo blanco decidió no manipular la situación y seguir una de sus indicaciones principales: dejar que las cosas fluyeran. A fin de cuentas, le era imposible fallar, pero ¿Qué tanto sufrimiento podría ahorrarle a la humanidad si decidía revelar su propia existencia?